

de los castos abrazos de su Salvador, solamente en El hallará su felicidad. Un cristiano que acaba de recibir a Jesucristo, que murió por sus enemigos, ¿podrá desear la venganza contra aquellos que le causaron algún daño? Indudablemente que no; antes se complacerá en procurarles el mayor bien posible. Por esto decía San Bernardo a sus religiosos: «Hijos míos, si os sentís menos inclinados al mal, y más al bien, dad por ello gracias a Jesucristo, quien os concede esta gracia en la Sagrada Comunión.»

4.^º Hemos dicho que la Sagrada Comunión es para nosotros «prenda de vida eterna» (1), de manera que ella nos asegura el cielo; estas son las arras que nos envía el cielo en garantía de que un día será nuestra morada; y, aun más, Jesucristo hará que nuestros cuerpos resuciten tanto más gloriosos, cuanto más frecuente y dignamente hayamos recibido el suyo en la Comunión. ¡Oh! H. M., ¡si pudiésemos comprender cuánto le place a Jesús venir a nuestro corazón!... ¡Y una vez allí, nunca quisiera salir, no sabe separarse de nosotros, ni durante nuestra vida, ni después de nuestra muerte!... Leemos en la vida de Santa Teresa que, después de muerta, se apareció a una religiosa acompañada de Jesucristo; admirada aquella religiosa viendo al Señor aparecersele junto con la Santa, preguntó a Jesucristo por qué se aparecía así. Y el Salvador contestó que Teresa había estado en vida tan unida a El por la Sagrada Comunión, que ahora no sabía separarse de ella. No, H. M., ningún acto enriquece tanto nuestro cuerpo en orden al cielo, como la Sagrada Comunión.

¡Oh! H. M., ¡cuánta será la gloria de los que habrán comulgado dignamente y con frecuencia!... El Cuerpo adorable de Jesús y su Sangre preciosa, dise-

(1) *Futurae gloriae nobis pignus datur (Off. SS. Sacramenti).*

minados en todo nuestro cuerpo, se parecerán a un hermoso diamante envuelto en una fina gasa, el cual, aunque oculto, resalta más y más. Si dudáis de ello, escuchad a San Cirilo de Alejandría, quien nos dice que aquel que recibe a Jesucristo en la Sagrada Comunión está tan unido a El, que ambos se asemejan a dos fragmentos de cera que se hacen fundir juntos hasta el punto de constituir uno solo, quedando de tal manera mezclados y confundidos que ya no es posible separarlos ni distinguirlos. ¡ Oh ! H. M., ¡ qué felicidad la de un cristiano que alcance a comprender todo esto !... Santa Catalina de Sena, en sus transportes de amor, exclamaba : « Oh Dios mío ! ¡ oh Salvador mío ! ¡ ah ! ¡ qué exceso de bondad para con las criaturas al entregaros a ellas con tanto afán ! ; Y al entregaros, les dais también cuanto tenéis y cuanto sois ! Dulce Salvador mío, decía ella, os conjuro a que rociéis mi alma con vuestra Sangre adorable y alimentéis mi pobre cuerpo con el vuestro tan precioso, a fin de que mi alma y mi cuerpo no sean más que para Vos, y no aspiren a otra cosa que a agradaros y a poseeros ». Dice Santa Magdalena de Pazzi que bastaría una sola Comunión, hecha con un corazón puro y un amor tierno, para elevarnos al más alto grado de perfección. La beata Victoria, a los que veía desfallecer en el camino del cielo, les decía : « Oh hijos míos, ¿ por qué os arrastráis así en las vías de salvación ? ¿ Por qué estáis tan faltos de valor para trabajar, para merecer la gran dicha de poderos sentar a la Sagrada Mesa y comer allí el Pan de los ángeles que tanto fortalece a los débiles ? ¡ Oh ! ; si supieseis cuánto endulza este pan las miserias de la vida ! ¡ Oh ! ; si tan sólo una vez hubieseis experimentado lo bueno y generoso que es Jesús para el que le recibe en la Sagrada Comunión !... Adelante, hijos míos, id a comer ese pan de los fuertes, y volveréis llenos de alegría y de valor ; entonces sólo desearéis los

sufrimientos, los tormentos y la lucha para agradar a Jesucristo». Santa Catalina de Génova estaba tan hambrienta de este Pan celestial, que no podía verlo en las manos del sacerdote sin sentirse morir de amor: tan grande era su anhelo de poseerlo; y prorrumpía en estas exclamaciones: «¡Ali! Señor, ¡venid a mí! ¡Dios mío, venid a mí, que no puedo más! ¡Ali! ¡Dios mío, dignaos venir dentro de mi corazón, pues no puedo vivir sin Vos! ¡Vos sois toda mi alegría, toda mi felicidad, todo el alimento de mi alma!»

Sí, H. M., si pudiésemos formarnos aunque fuese tan sólo una pequeña idea de la magnitud de una dicha tal, ya no desearíamos la vida más que para que nos fuese dado hacer de Jesucristo el pan nuestro de cada día. No, H. M., nada serían para nosotros todas las cosas creadas, las despreciaríamos para unirnos sólo con Dios, y todos nuestros pasos, todos nuestros actos sólo se dirigirían a hacernos cada día más dignos de recibirla.

II. — Sin embargo, H. M., si por la Sagrada Comunión tenemos la dicha de recibir todos esos dones, debemos poner de nuestra parte todo lo posible para hacernos dignos de ellos; lo cual vamos a ver ahora de una manera muy clara. Si pregunto a un niño cuáles son las disposiciones necesarias para comulgar bien, esto es, para recibir dignamente el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo, a fin de que con el sacramento recibamos también las gracias que se conceden a los que se hallan en buenas disposiciones, me contestará: «Hay dos clases de disposiciones, unas que se refieren al alma y otras que se refieren al cuerpo». Como Jesús viene al mismo tiempo a nuestro cuerpo y a nuestra alma, hemos de procurar que uno y otra aparezcan dignos de un tal favor.

1.º Digo que la primera disposición es la que se re-

fíere al cuerpo, o sea, estar en ayunas, no haber comido ni bebido nada, a partir de la media noche. Si estáis en duda de si era o no media noche cuando comis- teis, tendréis que aplazar la Comunión para otro día (1). Algunos se acercan a comulgar con esta duda; una tal conducta os expone a cometer un gran pecado, o a lo menos, a no sacar fruto alguno de vuestra comunión, lo cual es siempre lamentable, sobre todo si fuese el último día del tiempo pascual, de un jubileo o de una gran festividad; así pues debéis absteneros de ello, cualquiera que sea el pretexto. Hay mujeres que, antes de comulgar, no tienen reparo en probar la comida que han de dar a sus pequeñuelos, tomándola en la boca y soltándola en seguida, creyendo que así no quebrantan el ayuno. Desconfiad de este proceder, ya que es muy difícil practicar esto sin que deje de descender algo cuello abajo.

2.^o Digo también que debemos presentarnos con vestidos decentes; no pretendo que sean trajes ni adornos ricos, mas tampoco deben ser descuidados y estropeados: a menos que no tengáis otro vestido, habéis de presentarlos limpios y aseados. Algunos no tienen con qué cambiarse; otros no se cambian por negligencia. Los primeros en nada faltan, ya que no es suya la culpa; pero los otros obran mal, ya que ello es una falta de respeto a Jesús, que con tanto placer entra en su corazón. Habéis de venir bien peinados; con el rostro y las manos limpias; nunca debéis comparecer a la Sagrada Mesa sin calzar buenas o malas medias. Mas esto no quiere decir que apruebe la conducta de esas jóvenes que no hacen diferencia entre acudir a la Sagrada Mesa o concurrir a un baile; no sé cómo se atrevan a presentarse con tan vanos y frívolos atavíos ante

(1) La opinión corriente entre los autores es que únicamente la infracción cierta del ayuno natural obliga bajo pecado a abstenerse de la Sagrada Comunión (Nota del Trad.).

un Dios humillado y despreciado. ¡Dios mío, Dios mío, qué contraste!...

La tercera disposición es la pureza del cuerpo. Llámase a este sacramento «Pan de los ángeles», lo cual nos indica que, para recibirlo dignamente, hemos de acercarnos todo lo posible a la pureza de los ángeles. San Juan Crisóstomo nos dice que aquellos que tienen la desgracia de dejar que su corazón sea presa de la impureza, deben abstenerse de comer el Pan de los ángeles, pues, de lo contrario, Dios los castigaría. En los primeros tiempos de la Iglesia, al que pecaba contra la santa virtud de la pureza se le condenaba a permanecer tres años sin comulgar; y si recaía, se le privaba de la Eucaristía durante siete años. Ello se comprende fácilmente, ya que este pecado mancha el alma y el cuerpo. El mismo San Juan Crisóstomo nos dice que la boca que recibe a Jesucristo y el cuerpo que lo guarda dentro de sí, deben ser más puros que los rayos del sol. Es necesario que todo nuestro porte exterior dé, a los que nos ven, la sensación de que nos preparamos para algo grande.

Habréis de convenir conmigo en que, si para comulgar son tan necesarias las disposiciones del cuerpo, mucho más lo habrán de ser las del alma, a fin de hacernos merecedores de las gracias que Jesucristo nos trae al venir a nosotros en la Sagrada Comunión. Sí, H. M., si en la Sagrada Mesa queremos recibir a Jesús en buenas disposiciones, es preciso que nuestra conciencia no nos remuerda en lo más mínimo, en lo que a pecados graves se refiere; hemos de estar seguros de que empleamos en examinar nuestros pecados el tiempo necesario para poderlos declarar con precisión; tampoco debe remordernos la conciencia respecto a la acusación que de aquéllos hemos hecho en el tribunal de la Penitencia, y al mismo tiempo hemos de mantener un firme propósito de poner, con la gracia de Dios, todos los

medios para no recaer; es preciso estar dispuestos a cumplir, en cuanto nos sea posible hacerlo, la penitencia que nos ha sido impuesta. Para penetrarnos mejor de la grandeza de la acción que vamos a realizar, hemos de mirar la Sagrada Mesa como el tribunal de Jesucristo, ante el cual vamos a ser juzgados. Si tuvimos la desgracia de no acusarnos debidamente, modificando o disimulando algunos pecados, pensemos que no vamos a recibir a Jesucristo, sino al demonio. ¡Oh! H. M., ¡qué horror, poner al mismo Jesucristo a los pies del demonio!...

Leemos en el Evangelio que, cuando Jesucristo instituyó el adorable sacramento de la Eucaristía, escogió para ello un recinto decente y sumuoso (1), para darnos a entender la diligencia con que debemos adornar nuestra alma con toda clase de virtudes, a fin de recibir dignamente a Jesucristo en la Sagrada Comunión. Y, aun más, antes de darles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, levantóse Jesús de la mesa y lavó los pies a sus apóstoles (2), para indicarnos hasta qué punto debemos estar exentos de pecado, aun de la más leve culpa, sin afeción ni tan sólo al pecado venial. Debemos renunciar plenamente a nosotros mismos, en todo lo que no sea contrario a nuestra conciencia; no resistirnos a hablar, ni a ver, ni a amar en lo íntimo de nuestro corazón a los que en algo hayan podido ofendernos... Mejor dicho, H. M., cuando vamos a recibir el Cuerpo de Jesucristo en la Sagrada Comunión, es preciso que nos hallemos en disposición de morir y comparecer confiadamente ante el tribunal de Jesús. Nos dice San Agustín: «Si queréis comulgar de manera que vuestro acto sea agradable a Jesús, es necesario que os halléis desligados de cuanto le pueda disgustar

(1) Luc., XXII, 12.

(2) Ioan., XIII, 4.

en lo más mínimo». Y San Juan Crisóstomo dice: «Cuando caigáis en pecado mortal, debéis confesaros al momento; pero debéis también dejar pasar algún tiempo sin acercaros a la Sagrada Mesa, para dar lugar a la penitencia. Lamentad, dice, la mala disposición de aquellas personas que, después de haber confesado grandes pecados mortales, piden en seguida la Sagrada Comunión, creyendo que basta la sola confesión. Es necesario que lloremos nuestros pecados y hagamos penitencia antes de tener la dicha de recibir a Jesucristo en nuestro corazón». San Pablo nos encomienda a todos «que purifiquemos más y más nuestras almas antes de recibir el Pan de los ángeles, que es el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo» (1); ya que, si nuestra alma no está del todo pura, nos atraeremos toda suerte de desgracias en este mundo y en el otro. Dice San Bernardo: «Para comulgar dignamente, hemos de hacer como la serpiente cuando quiere beber. Para que el agua le aproveche, arroja primero su veneno. Nosotros hemos de hacer lo mismo: cuando queramos recibir a Jesucristo, arrojemos nuestra ponzoña, que es el pecado, el cual envenena nuestra alma y a Jesucristo; pero, nos dice aquel gran Santo, es preciso que lo arrojemos de veras. ¡Oh! hijos míos, exclama, no emponzoñéis a Jesucristo en vuestro corazón».

Sí, H. M., los que se acercan a la Sagrada Mesa sin haber purificado del todo su corazón, se exponen a recibir el castigo de aquel servidor que se atrevió a sentarse a la mesa sin llevar el vestido de bodas. El dueño ordenó a sus criados que le prendiesen, le atasen de pies y manos y le arrojasen a las tinieblas exteriores (2). Asimismo, H. M., en la hora de la muerte

(1) Probet autem se ipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat (I Cor., XI, 28).

(2) Matth., XXII, 13.

dirá Jesucristo a los desgraciados que le recibieron en su corazón sin haberse convertido: «¿Por qué osasteis recibirme en vuestro corazón, teniéndolo manchado con tantos pecados?» No, H. M., nunca debemos olvidar que para comulgar es preciso estar convertido y en una firme resolución de perseverar. Ya hemos visto que Jesucristo, cuando quiso dar a los apóstoles su Cuerpo adorable y su Sangre preciosa, para indicarles la pureza con que debían recibirla, llegó hasta lavarles los pies. Con lo cual quiere mostrarnos que jamás estaremos bastante purificados de pecados veniales. Ciento que el pecado venial no es causa de que comulgaremos indignamente; pero sí lo es de que saquemos poco fruto de la Sagrada Comunión. La prueba de ello es evidente: mirad cuántas comuniones hemos hecho en nuestra vida; pues bien, ¿hemos mejorado en algo? — Indudablemente que no, y la verdadera causa está en que casi siempre conservamos nuestras malas inclinaciones, de las cuales rara vez nos enmendamos. Sentimos horror a esos grandes pecados que causan la muerte del alma; pero damos poca importancia a esas leves impaciencias, a esas quejas que exhalamos cuando nos sobreviene alguna pena, a esas mentirillas de que salpicamos nuestra conversación: todo esto lo cometemos sin gran escrúpulo. Habréis de convenir conmigo en que, a pesar de tantas confesiones y comuniones, continuáis siendo los mismos, y que vuestras confesiones, desde hace muchos años, no son más que una repetición de los mismos pecados, los cuales, aunque veniales, no dejan por esto de haceros perder una gran parte del mérito de la Comunión. Se os oye decir, y con razón, que no sois mejores ahora de lo que erais antes; mas ¿quién os estorba la enmienda?... Si sois siempre los mismos, es ciertamente porque no queréis intentar ni un pequeño esfuerzo en corregiros; no queréis aceptar sufrimiento alguno, ni veis con gusto que nadie os contradiga;

quisierais que todo el mundo os amase y tuviese en buena opinión, sin reparar que esto es muy difícil. Procuremos trabajar, H. M., para destruir todo cuanto pueda desagradar a Dios en lo más mínimo, y veremos cuán velozmente nuestras comuniones nos harán marchar por el camino del cielo; y cuanto más frecuentes y numerosas sean, más desligados nos veremos del pecado y más cercanos a nuestro Dios.

Dice Santo Tomás que la pureza de Jesucristo es tan grande, que el menor pecado venial le impide unirse a nosotros con la intimidad que El desearía. Para recibir plenamente a Jesús, es, pues, preciso tener en la mente y en el corazón una gran pureza de intención. Algunos, al comulgar, tienen los ojos fijos en el mundo, y piensan o bien que se los apreciará, o bien que se los despreciará: actos realizados de esta suerte poca cosa valen. Otros comulgan por costumbre o rutina en determinados días o festividades. Estas son, H. M., unas comuniones muy pobres, puesto que les falta pureza de intención.

H. M., los motivos que han de llevarnos a la Sagrada Mesa, son: 1.^o porque Jesucristo nos lo ordena, bajo pena de no alcanzar la vida eterna; 2.^o la gran necesidad que de la Comunión tenemos para fortalecernos contra el demonio; 3.^o para desligarnos de esta vida y unirnos más y más a Dios. Decimos que para tener la gran dicha de recibir a Jesucristo, dicha tan grande que con ella llegamos a causar envidia a los ángeles... (ellos pueden amarle y adorarle como nosotros, pero no pueden recibirla cual le recibimos nosotros, privilegio que en alguna manera nos coloca en un nivel superior a los ángeles)... Considerando esto, H. M., huelga ponderar la pureza y el amor con que debemos presentarnos a recibir a Jesús. Hemos de comulgar con la intención de recibir las gracias de que estamos necesitados. Si nos falta la paciencia, la hu-

mildad, la pureza, en la Sagrada Comunión, H. M., hallaremos todas estas virtudes y las demás que a un cristiano le son necesarias. 4.^º Hemos de acercarnos a la Sagrada Mesa para unirnos a Jesús, a fin de transformarnos en El, lo cual acontece a todos los que le reciben santiamente. Si comulgamos frecuente y dignamente, nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros pasos y nuestras acciones, se encaminan al mismo objeto que los de Jesucristo cuando moraba aquí en la tierra. Amamos a Dios, nos conmoven ante las miserias espirituales y hasta temporales del prójimo, evitamos el poner afición a las cosas de la tierra; nuestro corazón y nuestra mente no piensan ni suspiran más que por el cielo.

Sí, H. M., para hacer una buena comunión, es preciso tener una viva fe en lo que concierne a este gran misterio; siendo este sacramento un «misterio de fe», hemos de creer con firmeza que Jesucristo está realmente presente en la Sagrada Eucaristía, y que está allí vivo y glorioso como en el cielo. Antiguamente, H. M., el sacerdote, antes de dar la Sagrada Comunión, sosteniendo en sus dedos la santa Hostia, decía en alta voz: «¿Creéis, H. M., que el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo está verdaderamente en este sacramento?» Y entonces respondían a coro los fieles: «Sí, lo creemos» (1). ¡Oh, qué dicha la de un cristiano, sentarse a la mesa de las vírgenes y comer el Pan de los fuertes!... Nada hay, H. M., que nos haga tan temibles al demonio como la Sagrada Comunión, y aun más, ella nos conserva no sólo la pureza del alma sino también la del cuerpo. Ved lo que aconteció a Santa Teresa: se había hecho tan agradable a Dios recibiendo tan digna y frecuentemente a Jesús en la Comunión, que un día se le apareció Jesucristo, y le dijo que le complacía tanto su conducta que, si no

(1) S. Ambrosio, *De Sacramentis*, lib. IV, cap. 5.

existiese el cielo, crearía uno exclusivamente para ella. Vemos en su vida que un día, fiesta de Pascua, después de la Sagrada Comunión, quedó tan enajenada en sus arroamientos de amor a Dios, que, al volver en sí, encontróse la boca llena de sangre de Jesús, que parecía salir de sus venas; lo cual le comunicó tanta dulzura y delicia que creyó morir de amor. «Vi, dice ella, a mi Salvador, y me dijo: Hija mía, quiero que esta Sangre adorable que te causa un amor tan ardiente, se emplee en tu salvación; no temas que jamás haya de faltarte mi misericordia. Cuando derramé mi sangre preciosa, sólo experimenté dolores y amarguras; mas tú, al recibirla, experimentarás tan sólo dulzura y amor». En muchas ocasiones, cuando la Santa comulgaba, bajaba del cielo una multitud de ángeles, que hallaba sus delicias en unirse a ella para alabar al Salvador que Teresa guardaba encerrado en su corazón. Muchas veces vióse a la Santa sostenida por los ángeles, en una alta tribuna, junto a la Sagrada Mesa.

¡Oh! H. M., si una sola vez hubiésemos experimentado la grandeza de esta felicidad, no tendríamos que vernos tan instados para venir a hacernos partícipes de la misma. Santa Gertrudis preguntó un día a Jesús qué era preciso hacer para recibirla de la manera más digna posible. Jesucristo le contestó que era necesario un amor igual al de todos los santos juntos, y que el solo deseo de tenerlo sería ya recompensado. ¿Queréis saber, H. M., cómo debéis portaros cuando vais a recibir al Señor? Haced como aquel santo cristiano que comulgaba cada ocho días: empleaba tres días en prepararse y otros tres en acciones de gracias. Y además, ¿quién os impide dirigir a tan santo fin todas vuestras acciones? Durante el tiempo de preparación, conversad con Jesús, el cual reina ya en vuestro corazón; pensad que va a bajar sobre el altar, y que de allí vendrá a vues-

tro corazón para visitar a vuestra alma y enriquecerla con toda clase de dones y prosperidades. Debéis acudir a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, a fin de que todos rueguen a Dios, y os alcancen la gracia de recibirla lo más dignamente posible. Aquel día habéis de acudir con gran puntualidad a la santa Misa y oirla con más devoción que nunca. Nuestra mente y nuestro corazón debieran mantenerse siempre al pie del tabernáculo, anhelar constantemente la llegada de tan feliz momento, y no ocupar los pensamientos en nada terreno, sino solamente en cosas del cielo, quedando tan abismados en la contemplación de Dios que parezcan muertos para el mundo. No habéis de dejar de poseer vuestro devocionario o vuestro rosario, y rezar con el mayor fervor posible las oraciones adecuadas, a fin de reanimar en vuestro corazón la fe, la esperanza y un vivo amor a Jesús, quien dentro de breves momentos va a convertir vuestro corazón en su tabernáculo o, si queréis, en un pequeño cielo. ¡Cuánta felicidad, cuánto honor, Dios mío, para unos miserables cual nosotros! También hemos de testimoniarle un gran respeto. ¡Un ser tan indigno y pequeño!... Pero al mismo tiempo abrigamos la confianza de que se apiadará, a pesar de todo, de nosotros. Después de haber rezado las oraciones indicadas, ofreced la Comunión por vosotros y por los demás, según vuestras particulares intenciones; para acercaros a la Sagrada Mesa, os levantaréis con gran modestia, indicando así que vais a hacer algo grande; os arrodillaréis y, en presencia de Jesús Sacramentado, pondréis todo vuestro esfuerzo en avivar la fe, a fin de que por ella sintáis la grandeza y excelsitud de vuestra dicha. Vuestra mente y vuestro corazón deben estar sumidos en el Señor. Cuidad de no volver la cabeza a uno y otro lado, y, con los ojos medio cerrados y las manos juntas, rezaréis el «Yo pecador».

Si aun debieseis aguardaros algunos instantes, excitad en vuestro corazón un ferviente amor a Jesucristo, suplicándole con humildad que se digné venir a vuestro corazón miserable.

Después que hayáis tenido la inmensa dicha de comulgar, os levantaréis con modestia, volveréis a vuestro sitio, y os pondréis de rodillas, cuidando de no tomar en seguida el libro o rosario; ante todo, deberéis conversar unos momentos con Jesucristo, al que tenéis la dicha de albergar en vuestro corazón, donde, durante un cuarto de hora, está en cuerpo y alma como en su vida mortal. ¡Oh, felicidad infinita! ¡quién podrá jamás comprenderla!... ¡Ay! ¡cuán pocos penetran su alcance!... Después de haber pedido a Dios todas las gracias que para vosotros y para los demás deseáis, podéis tomar vuestro devocionario. Habiendo ya rezado las oraciones para después de la Comunión, llamaréis en vuestra ayuda a la Santísima Virgen, a los ángeles y a los santos, para dar juntos gracias a Dios por el favor que acaba de dispensaros. Habéis de andar con mucho cuidado en no escupir, a lo menos hasta después de haber transcurrido cosa de media hora desde la Comunión. No saldréis de la iglesia al momento de terminar la santa Misa, sino que os aguardaréis algunos instantes para pedir al Señor fortaleza en cumplir vuestros propósitos. Al salir del templo, no os detengáis conversando con los amigos; sino que, pensando en la dicha que os cabe de albergar a Jesús en vuestro pecho, os encaminaréis a vuestra casa. Si os queda durante el día algún rato libre, lo emplearéis en la lectura de algún libro devoto, o bien practicando la visita al Santísimo Sacramento, para agradecerle la gracia que os ha dispensado por la mañana, procurando, al mismo tiempo, ocuparos lo menos posible en los negocios del mundo. Debéis, finalmente, ejercer gran vigilancia sobre vuestros pensamientos, palabras y acciones, a fin de

conservar la gracia de Dios todos los días de vuestra vida.

¿Qué deberemos sacar de aquí, H. M.?... No otra cosa sino una firme convicción de que toda nuestra dicha consiste en llevar una vida digna de recibir con frecuencia a Jesús en nuestro pecho, ya que así podemos confiadamente esperar el cielo, que a todos deseos...

SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA VIRTUD VERDADERA Y LA FALSA

*A fructibus eorum cognoscetis
eos.*

Por sus frutos los conoceréis.

(S. Mat., VII, 16.)

Jesucristo, H. M., no podía darnos señales más claras y seguras para conocer a los buenos cristianos y distinguirlos de los malos, que indicándonos la manera de conocerlos, a saber, juzgarlos por sus obras, y no por sus palabras. «El árbol bueno, nos dice, no puede llevar frutos malos, así como un árbol malo no los puede llevar buenos» (1). Sí, H. M., un cristiano que sólo tenga una falsa devoción, una virtud afectada y meramente exterior, a pesar de todas sus precauciones para disfrazarse, no habrá de tardar en dar a conocer los desórdenes de su corazón, ya por las palabras, ya por las obras. Nada más común, H. M., que esa virtud aparente, que conocemos con el nombre de hipocresía. Pero lo más deplorable es que casi nadie quiere reconocerla. ¿Tendremos, H. M., que dejar a esos infelices en un estado tan deplorable que los precipite irremisiblemente al infierno? No, H. M., no, intentemos a lo menos hacer que se den cuenta, en alguna manera, de su si-

(1) *Non potest arbor bona malos fructus facere, neque arbor mala bonos fructus facere* (Matth., VII, 18).

tuación. Pero, ¡Dios mío! ¿quién querrá reconocerse culpable? ¡Ay! ¡casi nadie! ¿servirá, pues, este sermón para confirmarlos más y más en su ceguera? A pesar de todo, H. M., quiero hablaros cual si mis palabras os hubiesen de aprovechar.

Para daros a conocer el infeliz estado de esos pobres cristianos que tal vez se condenan haciendo el bien, por no acertar en la manera de hacerlo, voy a mostrároslo: 1.^o cuáles sean las condiciones de la verdadera virtud; 2.^o cuáles sean los defectos de la virtud aparente. Escuchad con atención esta plática, ya que ella puede serviros mucho en todo lo que hagáis para servir a Dios.

Si me preguntáis, H. M., por qué hay tan pocos cristianos que obran con la intención exclusiva de agradar a Dios, ved la razón de ello. Es porque la mayor parte de los cristianos se hallan sumidos en la más espantosa ignorancia, lo cual hace que todo su obrar sea meramente humano. De manera que, si comparaseis sus intenciones con las de los paganos, ninguna diferencia encontraríais. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas buenas obras se pierden para el cielo! Otros, que ya cuentan con mayores luces, no buscan más que la estima de los hombres, procurando disfrazar todo lo posible su estado espiritual: su exterior parece excelente, al paso que «su interior está lleno de inmundicia y de doblez» (1). Sí, H. M., en el día del juicio veremos cómo la religión de la mayor parte de los cristianos no fué más que una religión de capricho o de rutina, es decir, dominada por la humana inclinación, y que fueron muy pocos los que en sus actos buscaron únicamente a Dios.

Ante todo, hemos de advertir que un cristiano que quiera trabajar con sinceridad para su salvación, no

(1) *Intus autem pleni estis hypocrisi et iniquitatem* (Matth., XXIII, 27-28).

debe contentarse con practicar buenas obras ; debe saber ademáis por qué las hace, y la manera de practicarlas.

En segundo lugar, hay que tener presente que no basta parecer virtuoso a los ojos del mundo, sino que debemos tener la virtud en el corazón. Si me preguntáis ahora, H. M., cómo podremos conocer la verdadera virtud, cómo estaremos ciertos de que ella nos habrá de llevar al cielo, aquí vais a verlo : atended bien y grabad en vuestro corazón estas enseñanzas, para que así podáis conocer el mérito y la bondad de cada una de vuestras acciones. Para que una obra sea agradable a Dios, debe reunir tres condiciones : primera, que sea interior y perfecta ; segunda, debe ser humilde y sin atender a la propia estimación ; tercera, debe ser constante y perseverante. Si en todos vuestros actos halláis estas tres condiciones, tened la seguridad de que trabajáis para el cielo.

I. — Hemos dicho que debe ser interior : no basta con que aparezca al exterior. Es preciso que radique en el corazón, y que únicamente la caridad sea su principio y su alma, pues nos dice San Gregorio que todo cuanto pide Dios de nosotros ha de tener por fundamento el amor que le debemos. Nuestro exterior, pues, no debe ser más que un instrumento para manifestar lo que pasa en nuestro interior. Así, pues, H. M., siempre que nuestros actos no reconocen por origen un movimiento del corazón, obramos hipócritamente a los ojos de Dios.

Al mismo tiempo decimos que la virtud ha de ser *perfecta* : o sea, que no hay bastante con aficionarnos a la práctica de algunas virtudes porque se avienen con nuestras inclinaciones ; debemos practicarlas todas, es decir, todas las compatibles con nuestro estado. Nos dice San Pablo que, para nuestra santificación, debemos hacer abundante provisión de toda clase de buenas

obras. Segúin esto, veremos que hay muchas personas que se engañan en la práctica del bien, y van derecho al infierno. Son muchos los que ponen toda su confianza en alguna virtud, la cual practican porque su inclinación los lleva a ello ; por ejemplo : una madre vivirá muy confiada porque reparte algunas limosnas, practica con asiduidad sus oraciones, frecuenta los sacramentos, y hasta lee libros piadosos ; pero ella misma ve sin inquietarse cómo sus hijos van dejando las prácticas de piedad y se apartan de los sacramentos. Sus hijos no cumplen con la Pascua ; mas su madre les permite concurrir a veces a lugares de placer, a bailes, a bodas, a reuniones mundanas ; le gusta que sus hijas figuren en sociedad, pues crece que, si no frecuentan esos sitios mundanos, pasarán inadvertidas y no tendrán ocasión de colocarse ventajosamente. No hay duda que así pasarían más inadvertidas, pero para los libertinos ; no tendrían ocasión, H. M., de establecerse con aquellos que después las van a maltratar cual viles esclavas. Mas lo que preocupa a esa madre es verlas bien acomodadas, verlas en compañía de jóvenes de posición. Y con esto y algunas oraciones y buenas obras que practica, la infeliz se figura andar por el camino del cielo. Pobre madre, sois una ciega, una hipócrita ; no poseéis más que una apariencia de virtud. Andáis confiada porque practicáis la visita al Santísimo Sacramento : no hay duda que es ello una obra buena ; pero vuestra hija está en el baile, vuestra hija se deja ver en el café en compañía de gente libertina, de cuyas bocas salen con frecuencia las más inmundas torpezas ; vuestra hija, por la noche, está donde no debiera estar. Vamos, madre ciega y reprobada, salid de aquí, dejad vuestras oraciones ; ¿no veis que vuestra conducta se asemeja a la de los judíos, quienes doblaban la rodilla ante Jesús, sólo para simular que le adoraban ? ¡Vaya ! ¡venís a adorar al buen Dios, mientras vuestros hijos

están a punto de crucificarle ! ¡ Pobre ciega ! no sabéis ni lo que decís, ni lo que hacéis ; vuestra oración no es más que una injuria inferida a Dios Nuestro Señor. Comenzad saliendo en busca de vuestra hija que está perdiendo su alma ; después podréis venir aquí para implorar de Dios vuestra conversión.

Un padre cree hacer bastante manteniendo el orden dentro de su casa, no quiere oír juramentos ni palabras torpes : esto está muy bien ; pero no tiene escrúpulo en dejar que sus hijos frecuenten las casas de juego, las ferias, fiestas y lugares de placer. Este mismo padre permite que sus obreros trabajen en domingo, bajo cualquier pretexto, tal vez solamente para no contrariar a sus colonos o jornaleros. Sin embargo, le veréis en el templo, adorando al Señor con gran devoción, sin distraerse, tal vez postrado humildemente ante la divina presencia. Dime, amigo, ¿con qué ojos piensas mirará Dios a tales personas ? Vamos, hijo mío, estás ciego ; vete a instruirte acerca de tus deberes, y después podrás venir a ofrecer a Dios tus oraciones. ¿No ves cómo tu papel es semejante al de Pilatos, que reconocía a Jesús y, con todo, le condenó ? Veréis a esotro muy caritativo, repartiendo muchas limosnas, conmovido por las miserias del prójimo : muy buenas obras son éas ; pero deja que sus hijos crezcan en la mayor ignorancia, tal vez sin saber lo más esencial para salvarse. Vamos, amigo mío, sois un ciego ; vuestras limosnas y vuestra conmiseración os llevan, a grandes pasos, al infierno. El de más allá posee las mejores cualidades, está dispuesto a servir a todo el mundo ; pero no puede sufrir ni a su mujer, ni a sus hijos, a quienes llena de injurias y tal vez de malos tratos. Vamos, amigo, nada vale vuestra religión. Otro se creerá muy bueno, porque no blasfema, ni roba, ni se deja dominar por la impureza ; pero no se inquieta ni hace el más mínimo esfuerzo por corregir aquellos pensamientos de odio, de vengan-

za, de envidia, de celos, que le asaltan todos los días. Vuestra religión, amigo mío, no puede dejar de perderos. Veremos a otros, aficionados a toda suerte de prácticas de piedad, los cuales se hacen grande escrúpulo de omitir ciertas oraciones que acostumbran rezar; se creerán perdidos si no pueden comulgar en determinados días en que tienen costumbre de hacerlo; pero los tales se impacientarán, murmurarán a la menor contrariedad; una palabra que no habrá sido de su gusto les hará sentir aversión por el que la pronunció; miran a su prójimo con malos ojos, no le guardan las consideraciones debidas, siempre se creen injustamente tratados por sus vecinos. Vamos, pobres hipócritas, id a convertiros; después podréis recurrir a los sacramentos, ya que en vuestro estado, sin daros cuenta, no hacéis más que profanarlos con vuestra mal entendida devoción.

Muy laudable es que un padre reprenda a sus hijos cuando ofenden a Dios; pero ¿será digno de alabanza el que no enmiende en sí mismo los defectos de que reprende a sus hijos? No, indudablemente: ¡ese padre tiene una religión falsa, la cual le mantiene en la más miserable ceguera! Digno de alabanza es el dueño que reprende los vicios de sus criados; pero ¿podremos alabarle cuando le oímos a él mismo jurar y blasfemar porque las cosas no le salen como quisiera? No, H. M., este es un hombre que nunca ha conocido la religión ni los deberes que ella impone. Veremos a otro, con gesto de varón prudente e instruído, reprender los defectos que nota en su vecino; pero, ¿qué vamos a pensar de él al verle cargado de otros tantos o muchos más? «¿Cómo se explica tal comportamiento, nos dice San Agustín, si no es por ser él un hipócrita, que no conoce la religión?» Vamos, amigo; eres un fariseo, tus virtudes son falsas virtudes; todo cuanto haces, y que a ti te parece bueno, no sirve más que para engañarte. A

ese joven, le veremos asistir asiduamente a los oficios y hasta frecuentar los sacramentos ; pero ¿no le vemos también concurriendo a las tabernas y casas de juego ? Aquella joven no faltará de cuando en cuando a la Sagrada Mesa ; pero tampoco faltará en los salones de baile, y en las reuniones donde jamás debería entrar un cristiano. Anda, pobre hipócrita, anda, fantasma de cristiano, día vendrá en que verás que sólo has trabajado para tu perdición. El cristiano que desea de veras salvarse, no se contenta con guardar un solo mandamiento o con cumplir un determinado número de obligaciones ; sino que observa fielmente todos los mandamientos de la ley de Dios, y cumple además con todas las obligaciones de su estado.

II. — Hemos dicho, en segundo lugar, que nuestra virtud debe ser *humilde*, sin mirar a la propia estimación. Nos recomienda Jesucristo «que nuestras obras nunca sean hechas con intención de buscar la alabanza de los hombres» (1) ; si queremos que se nos recompense por ellas, hemos de ocultar en todo lo posible el bien que Dios ha puesto en nosotros, para evitar que el demonio del orgullo nos arrebate todo el mérito de nuestras buenas obras. — Mas, pensaréis tal vez vosotros, cuando obramos bien, lo hacemos por Dios y no por el mundo. — No sé, amigo mío ; muchos se engañan en este punto ; creo que no habría de ser difícil mostráros cómo vuestra religión está más en lo exterior que en lo íntimo de vuestra alma. O si no, decidme, ¿no es cierto que os apenaría menos el que se hiciese público que ayunáis en los días señalados, que no si se divulgase que dejáis de observarlos ? ¿No es cierto que os disgustaría menos que os viesen repartir limosnas, que no

(1) *Attendite ne iustitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis* (Matth., VI, 1).

si os hallasen sustrayendo algo a vuestro vecino ? Prescindimos en este caso del escándalo. Suponiendo que a veces oráis y a veces juráis, ¿no es verdad que más os gustara ser visto haciendo lo primero que lo segundo ? ¿No es verdad que preferís que os vean ocupado en vuestras oraciones, o dando buenos consejos a vuestros hijos, a que os oigan cuando los incitáis a vengarse de sus enemigos ? — Sí, no hay duda, diréis vos, todo esto no me apenaría tanto. — ¿Y por qué esto, sino porque practicamos una falsa religión y somos unos hipócritas ?

Y no obstante, vemos que los santos hacían todo lo contrario ; ¿por qué esto, sino porque conocían ellos su religión y no buscaban sino humillarse, a fin de tener propicia la misericordia del Señor ? ¡Ay ! ¡cuántos cristianos sólo son religiosos por inclinación, por capricho, por rutina y nada más ! — Esto es muy fuerte, me diréis. — Sí, no hay duda, es esto bastante fuerte ; pero es la pura verdad. Para haceros concebir el más grande horror de ese maldito pecado de la hipocresía, voy a mostráros a dónde conduce dicho crimen, por un ejemplo muy digno de ser grabado en vuestro corazón.

Leemos en la historia que San Palemón y San Pacomio llevaban una vida muy santa. Una noche mientras estaban en vela y tenían encendido fuego, les sorprendió un solitario que quiso pasar con ellos la noche. Le recibieron con deferencia, y cuando comenzaban a orar juntos ante el buen Dios, dijo aquél a sus compañeros : «Si tenéis fe, atreveos a permanecer de pie sobre estos carbones encendidos, rezando lentamente la oración dominical». Aquellos santos varones, al oír la proposición de aquel solitario, pensando que sólo un orgulloso o un hipócrita podía hablar así : «Hermano mío, le dijo San Palemón, rogar a Dios ; sois víctima de una tentación ; guardaos mucho de cometer una tal locura, ni de proponernos jamás semejante cosa. Nuestro Salvador

nos ha dicho que no hemos de tentar a Dios, y es precisamente tentarle el pedir un milagro de esta suerte». El infeliz hipócrita, en vez de aprovecharse de aquel buen consejo, se ensobreció aun más por la vanidad de sus pretendidas buenas obras; avanzó osadamente, y permaneció de pie sobre el fuego sin que nadie se lo mandase, sólo por instigación del demonio, enemigo de los hombres... Dios, a quien el orgullo había expulsado de aquel corazón, por un secreto y espantoso juicio, permitió al demonio que librarse a su víctima de los efectos del fuego, lo cual acabó de exaltar su ceguera, creyéndose ya perfecto y un gran santo. Al día siguiente por la mañana, se despidió de los dos anacoretas, reprendiéndoles su falta de fe: «Ya habéis visto de lo que es capaz aquel que tiene fe.» Pero, ¡ay!, pasado algún tiempo, viendo el demonio que aquel infeliz era ya suyo, y temiendo perderle, quiso asegurarse de su víctima, y poner el sello a su reprobación. Tomó la figura de una mujer ricamente vestida, llamó a la puerta de la celda de aquel solitario, diciéndole que se hallaba perseguida por sus acreedores, que temía un atropello por no tener con qué pagar; así es que, conociendo el carácter caritativo del solitario, a él recurría. «Os suplico, dijo ella, que me admitáis en vuestra celda, para librarme así del peligro.» Aquel infeliz, después de haber abandonado a Dios y de haberse dejado arrancar por el demonio los ojos del alma, no acertó a ver el peligro que corría; así pues, la admitió en su celda. Poco después se sintió fuertemente tentado contra la santa virtud de la pureza, y admitió los pensamientos que el demonio le sugería. Se fué acercando a aquella pretendida mujer, que era el demonio, y llegó hasta a tocarla. Entonces el demonio se arrojó sobre el solitario, cogiéle, y le arrastró un buen trecho por el camino, golpeándole y maltratándole en tal forma, que su cuerpo quedó enteramente molido.

Dejóle el demonio tendido en tierra, donde quedó sin sentido por mucho tiempo. Pasados algunos días, algo repuesto ya del percance y arrepentido de la culpa, fué otra vez a visitar a aquellos dos solitarios, para comunicarles lo que le había acontecido. Después de haberles narrado el caso, con lágrimas en los ojos, les dijo: «¡ Ah ! Padres míos, debo confesar que todo ello me aconteció solamente por mi culpa ; yo solo fuí la causa de mi perdición, pues no era más que un orgulloso, un hipócrita, que pretendía pasar por más bueno que lo que realmente era. Os ruego encarecidamente me socorráis con el auxilio de vuestras oraciones, pues temo que, si el demonio vuelve a cogerme, me hace trizas ». Mientras estaban llorando los tres juntos, he aquí que el demonio lo agarró, y se lo llevó con una rapidez espantosa a través de los bosques hasta la ciudad de Panópolis en la que había un grande horno. Lo arrojó dentro, y allí murió el infeliz, abrasado, a los pocos momentos (1). Pues bien, H. M., ¿ de dónde le vienen tan horrible castigo ? ¡ Ay ! su corazón estaba lleno de humildad, es cierto ; pero era además un hipócrita y no conocía su religión.

¡ Ay ! cuántas personas, a pesar de practicar muchas obras buenas, se pierden por no conocer como debieran su religión. Algunos se entregarán a la oración, y hasta frequentarán los sacramentos ; pero al mismo tiempo conservarán siempre los mismos vicios, y acabarán por familiarizarse con Dios y con el pecado. ¡ Ay ! ¡ cuán grande es el número de esos infelices ! Mirad a aquel que parece ser un buen cristiano, hacedle observar que con su proceder está perjudicando a alguien, hacedle notar sus defectos, convencedle de alguna injusticia consentida quizás en lo íntimo de su corazón ; pronto le veréis montar en cólera y aborre-

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. I, pág. 256.

ceros. El odio y el enojo se apoderarán de él... Mirad a otro : porque no le juzgáis digno de acercarse a la Sagrada Mesa, os contestará enojado, y concentrará contra vos su odio, cual si hubieseis sido causa de que le sobreviniera algún mal. Otros, en cuanto les acaece alguna pena o contrariedad, en seguida abandonan los sacramentos y las funciones piadosas. Cuando un feligrés tiene alguna cuestión con su párroco, en seguida germina el odio en su corazón, sin considerar que lo que le habrá advertido su pastor iba encaminado al bien de su alma. Desde aquel momento sólo hablará mal del párroco, se complacerá oyendo murmurar de él, y echará a mala parte todo cuanto del sacerdote se diga. ¿ De dónde proviene esto, H. M. ? ¡ Ay ! es porque aquella persona posee sólo una falsa devoción, y nada más. En otra ocasión, será uno a quien habréis negado la absolución o la Sagrada Comunión ; miradle cómo se revuelve contra su confesor, a quien tratará peor que a un demonio. Y no obstante, de ordinario le veréis servir a Dios con fervor y os hablará de las cosas santas cual un ángel en cuerpo humano. ¿ Por qué, H. M. , tanta inconstancia ? ¡ Ay ! porque es un hipócrita que no se conoce ni se conocerá tal vez nunca, y, con todo, no quiere ser tenido por tal. A otros veréis que, bajo el pretexto de que tienen alguna apariencia de virtud, si uno se encomienda en sus oraciones para obtener alguna gracia, en cuanto habrán hecho algunas oraciones, en seguida os preguntarán si se ha conseguido lo que pidieron. Si sus oraciones no fueron oídas, las redoblan con más ahínco : llegan a creerse capaces de obrar milagros. Pero si no se alcanzó lo que pedían, los veréis desanimados, llegando a perder toda afición a orar. Anda, ciego infeliz, jamás te conociste, no eres más que un hipócrita. A otro oiréis hablar de Dios con gran ardor ; si aplaudís su celo, llegará a derramar lágrimas ; pero si le decís algo que no sea de su gusto,

en seguida levantará la cabeza ; mas, no atreviéndose a mostrarse tal cual es, os guardará un odio perdurable en su corazón. ¿ Por qué esto, sino porque su religión es sólo de capricho y está supeditada a sus inclinaciones ? Engañáis al mundo y os engañáis a vosotros mismos ; pero a Dios no le engañáis ; y El os hará ver un día cómo sólo fuisteis un hipócrita.

¿ Queréis saber lo que es la falsa virtud ? Aquí tenéis un ejemplo. Leemos en la historia que un solitario se fué a encontrar a San Serapio para encomendarse en sus oraciones ; San Serapio le dijo que rogase por él, pero el otro le respondió, con palabras que revelaban la mayor humildad, que no merecía tanta dicha, pues era un gran pecador. El Santo le dijo entonces que se sentase a su lado, mas él contestó que era indigno de ello. Al llegar a este punto, el Santo, para conocer si aquel solitario era tal como quería aparentar, le dijo : « Creo, amigo mío, que haríais mejor permaneciendo en vuestra soledad, que no vagando por el desierto cual hacéis ». Estas palabras le encolerizaron en gran manera. « Amigo mío, repuso el Santo, acabáis de decirme que sois un gran pecador, hasta el punto que os considerabais indigno de sentaros a mi lado, y ahora, porque os dirijo unas palabras llenas de caridad, dais ya rienda suelta a vuestra cólera. Vamos, amigo mío, no poseéis más que una falsa virtud, o mejor, no poseéis ninguna » (1). ¡ Ay ! H. M., ¡ cuántos cristianos hay semejantes a ese infeliz ! por sus palabras parecen santos, pero, a la menor expresión que no sea de su gusto, los vemos ya fuera de sí, poniendo al descubierto la miseria de su alma.

Si, por una parte, vemos cuán grande sea este pecado, por otra vemos también cómo Dios lo castiga con mucho rigor, según voy a mostrarlos ahora con un

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. II, pág. 417.

ejemplo. Leemos en la Sagrada Escritura (1) que el rey Jeroboam envió a su mujer al encuentro del profeta Abías, a fin de consultarle acerca de la enfermedad de su hijo. Para ello hizo que su mujer se disfrazase y presentase toda la apariencia de una persona de gran piedad. Usó de este artificio, por temor de que el pueblo no se diese cuenta de que consultaba al profeta del verdadero Dios y le echase en cara la falta de confianza en sus ídolos. Mas, si podemos engañar a los hombres, no podemos engañar a Dios. Cuando aquella mujer entró en la morada del profeta, sin que él la viese, le dijo en alta voz: «Mujer de Jeroboam, ¿por qué finges ser otra de la que eres? Ven, hipócrita, voy a anunciarte una mala noticia de parte del Señor. Sí, una mala noticia, escúchala: el Señor me ha ordenado decirte que va a precipitar sobre la casa de Jeroboam toda suerte de males; hará que perezcan hasta los animales; los de la casa que mueran en el campo, serán comidos de los pájaros, y los que mueran en la ciudad serán comidos de los perros. Anda, mujer de Jeroboam, anda a anunciar esto a tu marido. Y en el mismo momento en que pondrás los pies en la ciudad, tu hijo morirá». Todo aconteció tal como había predicho el profeta del Señor; ni uno sólo escapó a la venganza divina.

Ya veis, H. M., la manera cómo el Señor castiga el pecado de hipocresía. ¡Ay! cuántas personas, engañadas por el demonio sobre este punto, no solamente pierden todo el mérito de sus buenas obras, sino que ellas vienen a convertirse en motivo de condenación. Sin embargo, debo advertiros, H. M., que no es la magnitud de las acciones lo que les da magnitud de mérito, sino la pureza de intención con que las practicamos. El Evangelio nos presenta un claro ejemplo a

(1) III Reg., XIV.

este respecto. Refiere San Marcos (1) que, habiendo entrado Jesús en el templo, se colocó frente al cepillo donde se echaban las limosnas para los pobres (2). Observó allí la manera como el pueblo echaba el dinero; vió a muchos ricos que ofrecían grandes cantidades; pero vió también a una pobre viuda que se acercó humildemente al lugar aquél y metió solamente dos piezas de moneda pequeña. Entonces Jesucristo llamó a sus apóstoles, y les dijo: «Aquí veis mucha gente que ha puesto considerables limosnas en el cepillo, mas fijaos también en esa pobre viuda que no ha echado más que dos óbolos; ¿qué pensáis de tal diferencia? Juzgando según las apariencias, creeréis tal vez que los ricos tienen más mérito, pero yo os digo que esa viuda ha dado más que nadie, ya que los ricos dieron de lo que les sobra, pero esa pobre mujer ha dado de lo que le es necesario; la mayor parte de los ricos en sus dádivas buscaron la estimación de los hombres para que se los considere mejores de lo que son, al paso que esa viuda ha dado solamente con la intención de agradar a Dios». Ejemplo admirable, H. M., que nos enseña con qué pureza de intención y con qué humildad hemos de realizar nuestras obras, si queremos que sean merecedoras de recompensa. Ciento que Dios no nos prohíbe ejecutar nuestros actos delante de los hombres; pero quiere también que, en los motivos de nuestras acciones, para nada entre el mundo y que sólo a El sean consagradas.

Por otra parte, H. M., ¿por qué quisiéramos parecer mejores de lo que somos, sacando al exterior una bondad que no poseemos realmente? ¡Ay! H. M., porque nos gusta ver alabado lo que hacemos; estamos celosos de esta forma del orgullo y nos sacrificamos

(1) Marc., XII, 41-44.

(2) El dinero que se echaba en el cepillo estaba destinado a la conservación del Templo, mejor que al socorro de los pobres.

mos para procurárnosla: es decir, sacrificamos nuestro Dios, nuestra alma y nuestra eterna felicidad. ¡ Oh Dios mío, cuánta ceguera ! ¡ Ah ! ¡ maldito pecado de hipocresía, cuántas almas arrastras al infierno, con actos que, ejecutados rectamente, las llevarían seguramente al cielo ! ¡ Ay ! son muchos los cristianos que no se conocen ni desean conocerse; siguen su rutina, sus costumbres, mas no quieren oír la voz de la razón; son ciegos y caminan ciegamente. Si un sacerdote intenta hacerles conocer su estado, no lo escuchan, o bien, si aparentan fijar su atención en lo que les dice, después no se preocupan en lo más mínimo de ponerlo en práctica. Este es, H. M., el más desgraciado y tal vez el más peligroso estado que imaginarse pueda.

III. — Hemos dicho que la tercera condición necesaria a la virtud, era la *perseverancia* en el bien. No hemos de contentarnos con obrar el bien durante un tiempo determinado: es decir, orar, mortificarnos, renunciar a la voluntad propia, sufrir los defectos de los que nos rodean, combatir las tentaciones del demonio, sostener los desprecios y calumnias, vigilar todos los movimientos de nuestro corazón; no, H. M., no, debemos continuar todo esto hasta la muerte, si queremos ser salvos. Dice San Pablo que hemos de ser firmes e inquebrantables en el servicio de Dios, trabajando todos los días de nuestra vida en la santificación de nuestra alma, con la convicción de que nuestro trabajo será tan sólo premiado si perseveramos hasta el fin. «Es preciso, nos dice, que ni las riquezas, ni la pobreza, ni la salud, ni la enfermedad, sean capaces de hacernos abandonar la salvación del alma, separándonos de Dios; pues hemos de tener por cierto que Dios sólo coronará las virtudes que habrán perseverado hasta la muerte» (1).

(1) Rom., VIII, 38.

Esto es lo que vemos de una manera admirable en el Apocalipsis, en la persona de un obispo tan santo en apariencia que hasta Dios hace el elogio de sus actos. «Conozco, le dice, todas las buenas obras que has practicado, todas las penas que has experimentado, la paciencia que has tenido ; sí, no ignoro que no puedes sufrir la maldad y que has soportado todos tus trabajos por la gloria de mi nombre ; sí, todo esto lo sé, y, sin embargo, debo reprenderte en una cosa : y es que, en lugar de perseverar en tus buenas obras, en todas tus virtudes, te has relajado, has abandonado tu primer fervor, no eres lo que habías sido en otro tiempo. Acuérdate hasta qué punto has venido a menos, y vuelve a tu primer fervor mediante una pronta penitencia ; de lo contrario te rechazaré y serás castigado» (1). Decidme, H. M., ¿cuál deberá ser nuestro temor, viendo las amenazas que el mismo Dios dirige a aquel obispo por haberse relajado un poco ? ¡Ay ! H. M., ¿qué es de nosotros aun después de nuestra conversión ? En vez de progresar cada vez más, ¡ay ! ¡qué flojedad, qué indiferencia ! No, Dios no puede sufrirla esa perpetua inconstancia, en la que pasamos sucesivamente de la virtud al vicio y del vicio a la virtud. Decidme, H. M., ¿no es ésta vuestra conducta, no es ésta vuestra manera de vivir ? ¿Qué es vuestra vida miserable sino un seguido de pecados y virtudes ? ¿Acaso no os confesáis hoy de los pecados, para recaer en ellos mañana y quizás el mismo día ? ¿No es cierto que, después de haber prometido formalmente dejar a las personas que os indujeron al mal, volvisteis a su compañía en cuanto tuvisteis ocasión ? ¿No es cierto que, después de haberos acusado de trabajar en domingo, volvéis a las andadas como si tal cosa ? ¿No es verdad que prometisteis a Dios no volver al baile, a la taberna, al juego,

(1) Apoc., II, 1-5.

y habéis recaído en todas esas culpas ? ¿ Por qué esto, H. M., sino porque practicáis una religión falsificada, una religión de rutina, una religión regulada por vuestras inclinaciones, mas no arraigada en el fondo de vuestro corazón ? Anda, amigo mío, eres un inconstante. Anda, hermano mío, toda tu devoción está falsificada ; en todo cuanto practicas, eres un hipócrita y nada más : el primer lugar de tu corazón no lo ocupa Dios, sino el mundo y el demonio. ¡ Ay ! H. M., ¡ cuántas personas parecen durante algún tiempo amar de veras a Dios, mas en seguida le abandonan ! ¿ Qué cosa halláis dura y penosa en el servicio de Dios, que os haya podido decidir a dejarlo para seguir el mundo ? Si Dios os hace la merced de dejaros conocer vuestro estado, no podréis menos que llorar vuestro extravío, reconociendo el engaño de que fuisteis víctimas. ¡ Ay ! la causa de no haber perseverado, fué porque el demonio sentía mucho haberlos perdido ; puso en juego toda su astucia, y os ha reconquistado, con la esperanza de guardaros para siempre. ¡ Ay ! ¡ cuántos apóstatas que renunciaron a su religión ! ¡ cristianos sólo de nombre !

Pero, me diréis, ¿ cómo vamos a conocer que nuestra religión está en el corazón, es decir, que tenemos una religión que no se ve jamás desmentida ? — Ahora lo veréis, H. M., atended bien y vais a conocer si la vuestra ha sido tal como Dios la quiere para que os conduzca al cielo. El que tiene una virtud verdadera, no cambia ni se commueve por nada, cual un peñasco en medio del mar azotado por las olas embravecidas. Que se os desprecie, que se os calumnie, que se burlen de vosotros, que os traten de hipócrita, de falso devoto : nada de esto os quita la paz del alma ; tanto amáis a los que os insultan como a los que os alaban ; no dejáis por esto de hacerles bien y de protegerlos, aunque hablen mal de vosotros ; continuáis en vuestras oraciones, en vuestras confesiones, en vuestras comu-

niones, continuáis asistiendo a la santa Misa como si nada ocurriese. Y para que comprendáis mejor esto, escuchad un ejemplo. Se refiere que en una parroquia había un joven que era un modelo de virtud. Asistía casi todos los días a la santa Misa y comulgaba con frecuencia. Otro joven, envidioso de la estimación en que era tenido aquel compañero suyo, aprovechando la ocasión en que ambos se hallaban en compañía de un vecino que tenía una tabaquera de oro, el envidioso la sustrajo del bolsillo del vecino y la depositó, disimuladamente, en el del joven bueno. Hecho esto, con gran naturalidad pidió a aquél que le dejase ver su hermosa tabaquera. Buscóla él en sus bolsillos, pero inútilmente. Entonces prohibióse salir a nadie del recinto aquél, sin ser previamente registrado. La tabaquera fué encontrada en el bolsillo de aquel joven que era un modelo de virtud. Al ver esto la gente, comenzó a tratarle de ladrón, haciendo hincapié en su religión y llamándole hipócrita y falso devoto. El joven, viendo que el cuerpo del delito había sido hallado en su bolsillo, comprendió que no tenía defensa, y sufrió todo aquello como venido de la mano de Dios. Al pasar por las calles, al salir de la iglesia donde iba a oír Misa o a comulgar, todos cuantos le veían le insultaban llamándole hipócrita, falso devoto y ladrón. Esto duró mucho tiempo. A pesar de ello, continuó siempre sus ejercicios de devoción, sus confesiones, sus comuniones y todas sus prácticas, cual si la gente le mirara con el mayor respeto. Pasados algunos años, el infeliz que había sido causa de aquello, cayó enfermo, y entonces confesó, delante de cuantos se hallaban presentes, haber sido él la causa de todo el mal que del joven se había hablado, ya que aquél era un santo, mas él por envidia, a fin de lograr su descrédito, le había metido aquella tabaquera en el bolsillo.

Pues bien, H. M., a esto se llama una religión

verdadera, ésta es una religión que ha echado raíces en el alma. Decidme, ¿cuántos cristianos, de los que pasan por devotos, imitarían a aquel joven si se les sujetase a tales pruebas? ¡Ay! H. M., ¿cuántas quejas, cuántos resentimientos, cuántos pensamientos de venganza! no se detendrían ante la maledicencia ni la calumnia, y aun tal vez algunos acudirían a los tribunales de justicia... En casos tales, el ofendido o víctima se desata contra la religión, la desprecia, habla mal de ella; ya no quiere orar, ni oír la santa Misa, no sabe lo que se hace, procura hacer girar la conversación sobre su caso y alegar todo cuanto pueda justificarle, y al mismo tiempo acumula en su memoria todo el mal que el ofensor ha obrado en su vida, para contarlo a los demás. ¿Por qué todo esto, H. M., sino porque tenemos una religión de capricho y de rutina, o por mejor decir, porque no somos sino unos hipócritas, dispuestos a servir a Dios solamente cuando todo marcha a nuestro gusto? ¡Ay! H. M., todas esas virtudes que vemos brillar en muchos cristianos, se asemejan a una flor de primavera: sécanse al primer soplo de viento cálido.

Hemos dicho, además, que nuestra virtud, para ser verdadera, ha de ser *constante*: es decir, que debemos permanecer fervorosos y unidos a Dios, lo mismo en la hora del desprecio y del sufrimiento, que en la del bienestar y prosperidad. Esto es lo que hicieron todos los santos; mirad esa multitud de mártires arrostrando todo cuanto la rabia de los tiranos pudo inventar, y no obstante, lejos de relajarse, se unían más y más a Dios. Ni los tormentos, ni los desprecios con que se los insultaba lograban hacerles mudar de manera de vivir.

Mas tengo para mí que el mejor modelo que a este respecto puedo presentaros es el santo varón Job, agobiado por las duras pruebas que Dios le enviara. El Señor dijo un día a Satán: «¿De dónde vienes?» —

«Vengo, contestó, de dar la vuelta por el mundo.» — «¿Has visto al buen varón Job, hombre sin igual en la tierra, por su sencillez y rectitud de corazón?» El demonio le contestó: «No es difícil que os ame y os sirva fielmente, pues le colmáis con toda suerte de bendiciones; ponedlo a prueba, y veremos si se mantiene fiel». El Señor contestó: «Te concedo sobre él todo poder, menos el de quitarle la vida». El demonio, lleno de alegría, con la esperanza de inducir a Job a quejarse de su Dios, comenzó destruyéndole todas sus riquezas que eran inmensas. Ahora veréis lo que hizo el demonio para probarlo. Esperando arrancarle alguna blasfemia o a lo menos alguna queja, le causó, uno después de otro, toda suerte de contratiempos, de percances y de desgracias, a fin de no darle ocasión ni de respirar. Un día, mientras se hallaba tranquilo en su casa, llegó uno de sus criados lleno de espanto. «Señor, le dijo, vengo para anunciaros una gran catástrofe: todo vuestro ganado de carga y trabajo acaba de caer en manos de unos bandidos, los cuales, además, han asesinado a todos vuestros servidores; solamente yo he podido escapar para venir a daros cuenta del percance.» Aun no había terminado, cuando llegó otro mensajero, más espantado que el primero, y dijo: «¡Ay! señor, una tempestad horrorosa se ha desencadenado sobre nosotros, el fuego del cielo ha devorado vuestros rebaños y ha abrasado a vuestros pastores; sólo yo he conservado la vida para venir a comunicaros la desgracia». Aun estaba éste hablando, cuando llegó un tercer mensajero, pues el demonio no quería dejarle tiempo para respirar ni volver sobre sí. Con gran sentimiento dijo: «Hemos sido atacados por unos ladrones, que se llevaron vuestros camellos y a los siervos que los conducían; sólo yo, huyendo, he podido librarme del ataque, para venir a daros cuenta del mismo». A estas palabras llegó un cuarto emisario, el cual, con

lágrimas en los ojos, dijo : «¡ Ah ! señor, ¡ ya no tenéis hijos !... mientras estaban comiendo juntos, un tremendo huracán ha derrumbado la casa, y los ha aplastado a todos entre los escombros, así como a los criados ; sólo yo me he salvado por milagro ». Cuando le estaban narrando tal cúmulo de males según el mundo, no hay duda que Job hubo de sentirse movido a compasión por la muerte de sus hijos. Al instante quedó abandonado de todos : cada cual huyó por su lado, y quedó él solo con el demonio, quien abrigaba aún la esperanza de que tantos males le llevarían a la desesperación, o a lo menos a quejarse con alguna impaciencia ; pues, por sólida que sea la virtud, no nos hace insensibles a los males que experimentamos ; los santos no tienen, ciertamente, un corazón de mármol. Aquel santo varón recibe en un momento los golpes más sensibles para un poderoso del mundo, para un rico y para un padre de familias. En un solo día, de príncipe y, por consiguiente, del más feliz de los hombres, queda convertido en un miserable, lleno de toda clase de infortunios, privado de lo que más amaba en esta vida. Prorrumpiendo en llanto, se postra, la faz en tierra ; pero ¿ qué hace ? ¿ se queja ? ¿ murmura ? No, H. M., no. La Sagrada Escritura nos dice que adora y respeta la mano que le golpea ; ofrece al Señor el sacrificio de su familia y de sus riquezas ; y lo ofrece con la más generosa, perfecta y entera resignación, diciendo : «El Señor, autor de todos mis bienes, es también su dueño ; todo ha acontecido porque esta era su santa voluntad ; sea bendito su santo nombre en todo momento » (1).

¿ Qué opináis, H. M., de este ejemplo ? ¿ es ésta una virtud sólida, constante y perseverante ? ¿ Podremos creernos virtuosos, cuando, a la primera prueba que el Señor nos envía, nos quejamos, y con frecuencia

(1) Job, I.

llegamos a abandonar su santo servicio ? Pero aun no habían terminado las penas del santo varón ; viendo el demonio que nada había logrado, atacó a su misma persona ; su cuerpo quedó cubierto de llagas, su carne se deshacía en jirones. Mirad también a San Eustaquio, ¡ cuánta constancia en soportar los sufrimientos que Dios le enviara para ponerlo a prueba !

¡ Ay ! H. M., ¡ cuán escasos son los cristianos que en tales trances no cayesen en la tristeza, en la murmuración y aun quizá en la desesperación ! que no maldijeran su suerte, o hasta tal vez llegaran a manifestar su odio a Dios, diciendo : «¡ Qué es lo que hicimos para que se nos trate de esta manera !» ¡ Ay ! H. M., ¡ cuánta virtud fingida, puramente exterior, y desmentida a la menor prueba !

De aquí hemos de concluir, H. M., que nuestra virtud, para que sea sólida y agradable a Dios, ha de radicar en el corazón, ha de buscar sólo a Dios, y ocultar, cuanto sea posible, sus actos al mundo. Hemos de andar con cuidado en no desfallecer en el servicio de Dios ; antes al contrario, debemos marchar siempre adelante, ya que por este medio los santos aseguraron su eterna bienaventuranza. Esta es la gracia que os deseo...

DOMINGO OCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE EL JUICIO PARTICULAR

Redde rationem villicationis tuae.
Ríndeme cuentas de tu administración.

(S. Lucas, XVI, 2.)

¿Seremos capaces, H. M., de pensar seriamente en la severidad de los juicios de Dios, sin sentirnos penetrados del más vivo temor? ¡Ay! H. M., ¡los días de nuestra vida están rigurosamente contados; más aún, ignoramos la hora y el momento en que nuestro soberano Juez tiene decretado citarnos ante su tribunal, el cual momento será tal vez el que menos esperemos, o aquél en que menos dispuestos nos hallemos para rendir tan temible cuenta!... Os aseguro, H. M., que, si se pensara en ello maduramente, habría motivo para entregarse a la desesperación, si la religión no nos enseñase que podemos hacer menos temible aquella hora suprema llevando una vida que en todo momento nos ofrezca la segura esperanza de que Dios se apiadará de nosotros. Cuidemos, H. M., de que, cuando llegue aquél momento, no nos veamos comprometidos como aquél mayordomo de que nos habla Jesús en el Evangelio. Voy pues ahora a mostrároslo, H. M.: 1.º cómo hay un juicio particular en el que deberemos rendir muy exacta cuenta de todo el bien y de todo el mal que hayamos hecho; 2.º cuáles son las medidas que

deberemos adoptar para prevenir el rigor de aquella cuenta.

I. — Sabemos todos, H. M., que hemos de ser juzgados dos veces : una, en el gran día de las venganzas, esto es, al fin de los siglos, en presencia de todo el universo ; entonces aparecerán manifiestas a los ojos de todo el mundo nuestras acciones buenas o malas. Mas, antes de aquel día tan terrible y desgraciado para los pecadores, tendremos que someternos también a juicio, en el momento de nuestra muerte, en el mismo instante en que exhalemos nuestro último aliento. Sí, H. M., toda la condición del hombre está condensada en estas tres palabras : vivir, morir y ser juzgado. Es ésta una ley fija e invariable para todos los hombres. Nacemos para morir, morimos para ser juzgados, y este juicio decidirá de nuestra felicidad o desgracia eternas. El juicio universal, al que todos deberemos comparecer, no será más que la publicación de la sentencia que habrá sido pronunciada a la hora de la muerte de cada cual. Sabéis, H. M., que Dios tiene contados nuestros años (1) ; y, en el número de años que ha determinado concedernos, ha señalado uno que debe ser el último ; en ese último año tiene señalado el último mes ; en aquel mes, un último día, y, finalmente, en aquel día, una última hora, después de la cual habrá pasado por nosotros el tiempo. ¡ Ay ! ¿ qué será de aquel pecador, de aquel impío, que confían continuamente en una vida cada vez más larga ? Hagan esos pobres sus cuentas como les plazca ; después de aquella última hora no habrá lugar ya al arrepentimiento. ¡ Se acabó todo recurso, se acabó toda esperanza !

En el mismo instante, H. M., escuchadlo bien, vos-

(1) *Breves dies hominis sunt ; numerus mensium eius apud te est (Job, XIV, 5).*

otros, que tan tranquilamente gastáis los días de vuestra vida permaneciendo en pecado ; en el mismo instante en que el alma salga de vuestro cuerpo, seréis juzgados. — Vosotros me diréis : esto de sobras lo sabíamos. — Ciento, mas no lo creéis. Decidme : si lo creyeseis seriamente, ¿cómo podríais permanecer en un estado que os pone en peligro continuo de caer en el infierno ? No, no, hijo mío, tú no lo eres ; pues, si lo creyeseis, no te expondrías a tan espantosa desgracia. Esto no obstante, llegará el momento en que el Señor aplicará el sello de su inmortalidad y el timbre de su eternidad a vuestra deuda, en el punto en que entonces se halle ; y aquel sello y aquel timbre no habrán de ser rotos jamás. ¡ Oh, momento terrible al par que poco meditado ! ¡ tan corto y tan largo, que corre con tanta rapidez y que arrastra consigo una serie tan espantosa de siglos ! ¿Qué sucederá, pues, en aquel instante tan espantoso ? ¡ Ay ! H. M., sucederá que todos y cada uno en particular tendremos que comparecer ante el tribunal de Jesucristo, para ser juzgados y dar cuenta del bien y el mal que habremos hecho. El juicio particular, H. M., es cosa tan cierta, que Dios, para convencernos de ello y a fin de que nos preparemos para tan terrible paso, algunas veces ha dado a conocer a los vivientes las señales de aquel acto trascendental (1).

Vemos en la historia que había un joven libertino, entregado a toda suerte de vicios, si bien había sido educado muy cristianamente por su madre ; una noche, después de haber pasado el día en los más grandes excesos, tuvo un sueño. Vióse transportado ante el tribunal de Dios. Imposible describir cuál sería su vergüenza, su confusión y la amargura de su alma. Al despertar, se halló con una ardiente fiebre, lleno de sudor, fuera de sí, y los cabellos convertidos en canas. A los pri-

(1) San Jerónimo. (Nota del Santo).

meros que le vieron en aquel estado, les dijo: «Dejadme solo, dejadme solo, he visto a mi Juez: ¡ah! ¡y cuán terrible es! ¡Perdón, Dios mío! ¡perdón!». Al tener noticias sus compañeros de orgía de que su amigo estaba enfermo y lleno de desolación, fueron a verle para consolarle. «Apartaos de mí, les dijo, ya no sois mis amigos, no quiero volver a veros en adelante. ¡Ah! he visto a mi Juez. ¡Ah! ¡cuán terrible es! ¡Cuánta majestad la suya! ¡de qué gloria está revestido! ¡Ah! ¡cuántas acusaciones, cuántas preguntas a las que nada he podido responder! Todos mis crímenes están escritos, los he leído todos. ¡Ah! ¡cuán grande es su número! ¡Ahora es cuando conozco yo su enormidad! ¡Ay! he visto una legión de demonios que sólo esperaban una señal para arrastrarme al infierno. ¡Retiraos, falsos amigos, jamás os he de ver! ¡Cuán dichoso sería yo si, mediante los rigores de la penitencia, pudiese aplacar a tan terrible Juez!... A ello me consagraré durante mi vida. ¡Ay! ¡pronto deberé comparecer allí de veras! ¡tal vez hoy mismo!... ¡Dios mío, perdónadme!... ¡Dios mío, tened misericordia de mí!... ¡Ah! no me perdáis, por favor, tened piedad de mí!... Haré penitencia durante toda mi vida. ¡Oh! ¡cuántos pecados cometí!... ¡Oh! ¡cuántas gracias desprecié!... ¡Oh! ¡cuánto bien hubiera podido hacer y no hice!... ¡Dios mío, no me arrojéis al infierno!» Pero, H. M., no se redujo todo a esto, sino que pasó el resto de su vida llorando y haciendo penitencia. ¡Cuán terrible será aquel momento, H. M., para quien no haya obrado el bien y se haya entregado al mal!

Sí, H. M., rendiremos cuentas de todos nuestros actos buenos o malos: todo aparecerá delante de nuestro supremo Juez en el mismo momento en que nuestra alma se separe del cuerpo. Sí, H. M., Dios nos pedirá cuenta de cuantos bienes hayamos recibido. Estos bienes se clasifican en tres órdenes: bienes de